LA BRUJA MARUJA

Enric Lluch
& Óscar T. Pérez

Algar Editorial

La bruja Maruja aterrizó en el aeropuerto y guardó su escoba mágica en un almacén porque no quería llevársela a la ciudad. La última vez, un señor de la limpieza confundió aquella escoba con la suya y barrió con ella tres calles, dos plazas y medio ayuntamiento.

La bruja se tapó las verrugas y el pelo desgreñado con un pañuelo de colores. Luego, cogió el autobús y llegó a la plaza Mayor. Enseguida, buscó la calle del Candil, donde estaba la oficina central de las brujas.

La brujita que atendía la oficina le preguntó qué deseaba.

–Quiero hablar con la bruja Mandona.

–No está aquí –respondió la brujita–. Está reunida con el brujo Mandón y no regresará hasta muy tarde.

Maruja volvió a taparse la cara y el pelo y decidió salir a comer algo.

En la misma esquina de la calle del Candil encontró un bar que servía bocadillos de calamares.

–¡Qué ricos, los calamares fritos! –se dijo la bruja Maruja.

El dueño del bar se acercó a la bruja.

–¿Qué le pongo?

–Un bocadillo de calamares.

La bruja no tuvo más remedio que quitarse el pañuelo para poder comer. El dueño, apenas vio las verrugas y el pelo revuelto de Maruja, se escondió detrás del mostrador. Los clientes que había en el local salieron disparados por la puerta.

–¡Socorro! ¡Una bruja de verdad!

Uno de los clientes, un señor con bigotes largos, avisó a una pareja de guardias municipales.